

¡ Váyanse, pues, al diablo los que quieren descontentarla !

Entonces, con una resolución desesperada, sentándose junto á la mesa en que Luis XIV firmaba y que había recibido el peso de los últimos tratados y de las letras soberbias del gran rey :

— Ahora comprendo, dijo, porqué todos los que me rodean quieren apresurar la llegada de la Delfina. Creen que no tiene más que presentarse aquí para que yo me convierta en su esclavo, ó que sea dominado por mi familia. ¡ Demasiado tiempo me queda de ver á mi cara nuera. Especialmente si su llegada debe ocasionarme aun nuevas incomodidades. Ella debía, continuó el rey, pasar por Reims y Noyón sin detenerse, y venir en seguida á Compiègne; mantengamos el primer ceremonial. Tres días de recibimiento en Reims, y uno... no, á fe mía, dos... ¡ bah ! tres días de funciones en Noyón. Esto siempre me hará ganar seis días, seis buenos días.

El rey tomó la pluma y dirigió él mismo al señor de Stainville la orden de detenerse tres días en Reims y otros tres en Noyón. Luego, llamando al correo de servicio :

— Á todo correr, le dijo, hasta entregar esta orden á quien dice el sobre.

Luego con la misma pluma :

« Querida condesa, escribió: hoy instalamos á Zamora en su gobierno. Yo salgo para Marly. Esta noche iré á deciros en Luciennes todo lo que pienso en este momento.

» LA FRANCIA. »

— Tomad, Lebel, dijo; llevad ese billete á la condesa, y os aconsejo que os portéis bien con ella.

El ayuda de cámara hizo una reverencia y salió.

V

Madama de Bearn

El primer objeto de todos esos furorés, la piedra angular de todos esos escándalos deseados ó temidos en la corte, madama la condesa de Bearn, viajaba rápidamente hacia París, como lo había dicho Chon á su hermano.

Aquel viaje era el resultado de una de esas maravillosas imaginaciones que, en sus momentos de embarazo, acudían al socorro del vizconde Juan.

No pudiendo hallar entre las señoras de la corte la madrina tan deseada y tan necesaria, puesto que sin ella era imposible la presentación de madama Dubarry, había dirigido su vista á la provincia, examinado las posiciones, registrado las ciudades, y hallado lo que necesitaba en las orillas del Meuse, en una casa enteramente gótica, pero de bastante buen tono.

Lo que buscaba era una vieja pleitista y un litigio viejo.

La vieja pleitista era la condesa de Bearn. El viejo litigio un negocio en que iba toda su fortuna, y que dependía del señor de Maupeou, ligado últimamente con madama Dubarry, con quien había descubierto un grado de parentesco hasta entonces ignorado, y á quien en su virtud llama prima suya. El señor de Maupeou tenía por la favorita, en la previsión de la cancillería, todo el favor de una amistad de la víspera

y de un interés del día siguiente, amistad é interés que le habían valido el nombramiento de vicecanciller dado por el rey, y por abreviatura, el de *vice* dado por todo el mundo.

Madama de Bearn era en realidad una vieja pleitista muy parecida á la condesa de Escarbagnas ó á madama de Pimbeche, los dos buenos tipos de aquella época, que, por lo demás, llevaban, como se ve, un nombre magnífico.

Ágil, delgada, angulosa, siempre alerta, siempre meneando unos ojos de gato espantado, bajo unas cejas canas, madama de Bearn había conservado el traje de las mujeres de su juventud, y como la moda, por caprichosa que sea, consiente en ser algunas veces razonable, el traje de las jóvenes de 1740 se hallaba ser un traje de vieja en 1770.

Amplias blondas, manteleta con encaje, enormes cofias, bolsillos inmensos, colosal ridículo, y corbata de seda á flores, tal era el traje en que Chon, hermana muy querida y confidente fiel de madama Dubarry, había hallado á madama de Bearn, cuando se presentó en su casa con el nombre de la señorita Flageot, es decir, como hija de su abogado.

La vieja condesa llevaba ese traje tanto por gusto como por economía, pues no era de esas personas que se avergüenzan de su pobreza, porque la de ella no provenía de su culpa. Sólo que echaba de menos la riqueza para dejar una fortuna digna de su nombre á su hijo, joven enteramente provinciano, tímido como una niña, y mucho más aficionado á las dulzuras de una vida material que á los favores de la fama.

Además, le quedaba el recurso de llamar mis tierras á las que su abogado disputaba á los Saluces; pero como era mujer de grande penetración, conocía bien que si necesitaba tomar algún empréstito sobre aque-

llas fincas, ni un solo usurero, á pesar de haberlos en aquella época en Francia muy audaces, ni un procurador, aunque en todos tiempos ha habido muchos bien astutos, le prestaría nada sobre aquella hipoteca, ni le anticiparía la menor suma con aquella garantía de restitución.

Reducida, por esa razón, á la renta de las tierras no comprendidas en el pleito y á sus censos, la condesa de Bearn, que reunía una renta de mil escudos escasos, huía de la corde en donde se gastaban doce libras diarias sólo en el alquiler de la carroza que llevaba á la señora pleitista á casa de los señores jueces y abogados. Y había huído particularmente, porque desesperaba de sacar antes de cuatro ó cinco años su proceso del cartón en que aguardaba su turno. Hoy, los pleitos son largos, pero en fin, sin vivir tanto como un patriarca, el que lo principia puede verlo concluir, mientras que en otro tiempo atravesaba dos ó tres generaciones, y, como esas plantas fabulosas de las *Mil y una noches*, no florecía sino al cabo de doscientos ó trescientos años.

Madama de Bearn no quería devorar el resto de su patrimonio en tratar de recobrar las diez duodécimas partes en litigio, y era, como hemos dicho, lo que en todos tiempos se llama una mujer antigua, es decir, sagaz, prudente, fuerte y avara.

De seguro que habría ella misma dirigido su pleito, citado, defendido, ejecutado, mejor que cualquier procurador, abogado, ó alguacil, pero llevaba el nombre de Bearn, y ese nombre era un obstáculo para muchas cosas, resultando de ahí que, devorada por las pesadumbres y las angustias, muy semejante al divino Aquiles retirado bajo su tienda, que sufría mil muertes cuando sonaba aquella trompeta á que fingía estar sordo, madama de Bearn pasaba los días en des-

cifrar viejos pergaminos, con sus anteojos sobre la nariz, y las noches, envuelta en su bata de Persia, y sueltos sus cabellos canos, en defender delante de su almohada el pleito de aquella herencia reivindicada por los Saluces, pleito que ella se ganaba siempre con una elocuencia de que quedaba tan satisfecha que, en igual circunstancia, la deseaba á su abogado.

Se comprende fácilmente que, con esas disposiciones, la llegada de Chon, presentándose con el nombre de señorita Flageot, causó una agradable sorpresa á madama de Bearn.

El joven conde estaba en el ejército.

Como se cree lo que se desea, madama de Bearn se dejó engañar naturalmente por la relación de la joven.

Sin embargo, no dejaba de haber motivo para concebir alguna sombra de sospecha, pues la condesa conocía hacía veinte años á la señora Flageot, la había visitado en su calle del Pequeño-León-San-Salvador, y jamás había observado sobre el tapiz cuadrilátero que tan chico le había parecido para la inmensidad del gabinete, jamás había observado, decimos, los ojos de una niña diestra en sacar las pastillas de las cajas de los clientes.

Pero se trataba de pensar en el tapiz del procurador; tratábase, en fin, de refrescar sus recuerdos: la señorita Flageot era la señorita Flageot, y bastaba.

Además, estaba casada; y en fin, última égida contra todo mal pensamiento, no iba expresamente á Verdún, sino que pasaba á reunirse á su marido en Estrasburgo.

Tal vez madama de Bearn hubiera debido pedir á la señorita Flageot la carta credencial; pero si su padre no puede enviar á su propia hija sin carta, ¿á quién se ha de dar una comisión de confianza? Y además, ¿á qué vendrían esos temores? ¿á qué fin

semejantes sospechas? ¿con qué objeto se habían de andar sesenta leguas para forjar semejante cuento?

Si fuese rica, si, como la mujer de un banquero ó de un asentista, hubiese tenido que llevar consigo equipajes, vajillas y diamantes, habría podido pensar que era un complot urdido por ladrones. Pero madama de Bearn se reía bien cuando le pasaba por las mientes el chasco que se llevarían los ladrones tan torpes que pensasen en ella.

Así, habiendo desaparecido Chon con su tocado ordinario, con su mal cabriolé tirado por un caballo, que ella había tomado en la penúltima casa de postas dejando allí su coche, madama de Bearn, convencida de que era llegado el momento de hacer un sacrificio, salió á su vez en una vieja carroza, y tanta prisa dió á los postillones que pasó á La Chaussée una hora antes que la Delfina, y llegó á la barrera de San Dionisio como unas cinco ó seis horas después de la señorita Dubarry.

Como la viajera tenía muy poco bagaje, y lo que más le urgía era informarse, madama de Bearn mandó parar su coche en la calle del Pequeño-León, á la puerta del señor Flageot.

Esto, como debe suponerse, no se hizo sin que un buen número de curiosos, y todos los parisienses lo son, se parase delante de aquel venerable coche que parecía salido de las caballerizas de Enrique IV, cuyo vehículo favorito recordaba por su solidez, su monumental arquitectura, y sus cortinas de cuero arrugadas, corriendo con espantosos rechinos sobre una varilla de cobre verdoso.

La calle del Pequeño-León no es ancha: madama de Bearn la obstruía majestuosamente, y después de pagar á los postillones, les ordenó que condujesen el coche á la posada en que ella acostumbraba apearse,

es decir, en el *Gallo Cantador*, calle de San Germán de los Prados.

Subió, agarrándose á la grasienta cuerda, la oscura escalera del señor Flageot, en donde reinaba un fresco que no desagradó á la vieja, pues estaba fatigada por la rapidez y el ardor del camino.

Maese Flageot, cuando su criada Margarita anunció la condesa de Bearn, se subió los calzones que había dejado caer muy abajo á causa del calor, se encasquetó una peluca que tenían siempre cuidado de dejarle á su alcance, y se echó encima una bata de bombasí.

Aderezado así, se adelantó risueño hacia la puerta; pero á través de aquella sonrisa se veía una nube de asombro tan pronunciada, que la condesa se creyó obligada á decirle:

— ¡Y bien! ¿qué hay, querido señor Flageot? Soy yo.

— Lo veo muy bien, señora condesa, respondió el señor Flageot.

Entonces, cerrando púdicamente su bata, el abogado condujo á la condesa á un sillón de cuero que estaba en el rincón más claro del gabinete, retirando luego con prudencia varios papeles de su mesa, porque la tenía por curiosa.

— Ahora, señora, dijo con urbanidad maese Flageot, permitidme que me regocije de tan agradable sorpresa.

Madama de Bearn, arrellanada en su poltrona, levantaba en aquel momento los pies para dejar entre el suelo y sus zapatos de raso espolinado el espacio necesario para el paso de un cojín de cuero que Margarita colocaba delante de ella, y se enderezó rápidamente.

— ¿Cómo sorpresa? dijo pellizcándose la nariz con

sus anteojos que acababa de sacar del estuche á fin de ver mejor á maese Flageot.

— Sin duda; os creía en vuestras tierras, señora, respondió el abogado empleando una amable lisonja para calificar las tres fanegas de tierra de madama de Bearn.

— Como veis, allí me hallaba; pero á vuestra primera señal las he dejado.

— ¡Á mi primera señal! repitió el abogado admirado.

— Á vuestra primer palabra, á vuestro primer aviso, á vuestro primer consejo, en fin, si os agrada.

Los ojos de maese Flageot se hicieron tan grandes como los anteojos de la condesa.

— Creo que no me he descuidado, continuó ésta, y que debéis estar contento de mí.

— Encantado como siempre, señora, pero permitidme que os diga que no veo de ningún modo lo que tengo que hacer en todo eso.

— ¿Cómo, repuso la condesa, lo que tenéis que hacer?... Todo, ó más bien, vos sois quien lo ha hecho todo.

— ¿Yo?

— Ciertamente, vos... ¡Y bien! ¿tenemos algo de nuevo aquí?

— ¡Oh! sí, señora; dicen que el rey medita un golpe de Estado sobre el Parlamento. Pero ¿me permitiréis que os ofrezca alguna cosa?

— ¡Bien se trata ahora del rey ni del golpe de Estado!

— ¿Entonces de qué se trata, señora?

— De mi pleito; os preguntaba si había ocurrido algo de nuevo acerca de él.

— ¡Oh! en cuanto á eso, respondió maese Flageot

sacudiendo tristemente la cabeza, nada, señora, absolutamente nada.

— Es decir, nada.....

— No, nada.

— Nada, desde que me ha hablado la señorita vuestra hija. Y como me ha hablado anteayer, comprendo que no habrá ocurrido gran cosa desde entonces.

— ¿ Mi hija, señora ?

— Sí.

— ¿ Habéis dicho mi hija ?

— Sin duda, vuestra hija, la que me habéis enviado.

— Dispensad, señora, dijo maese Flageot, es imposible que yo os haya enviado mi hija.

— ¡ Imposible !

— Por la sencilla razón de que no la tengo.

— ¿ Estáis seguro ? preguntó la condesa.

— Señora, respondió maese Flageot, tengo el honor de estar soltero.

— ¡ Vamos, vamos ! dijo la condesa.

Maese Flageot se puso inquieto, llamó á Margarita para que trajese los refrescos ofrecidos á la condesa, y especialmente para que la vigilase.

— ¡ Pobre mujer ! pensó, ¡ habrá perdido la chaveta !

— ¡ Cómo ! dijo la condesa, ¿ no tenéis una hija ?

— No, señora.

— ¿ Una hija casada en Estrasburgo ?

— No, señora, no, mil veces no.

— ¿ Y no habéis encargado á esa hija, continuó la condesa, de anunciarme al paso que mi pleito estaba señalado para la vista ?

— No.

La condesa dió un brinco en su sillón, golpeando ambas rodillas con las manos.

— Bebed un poco, señora condesa, dijo maese Flageot, pues os hará provecho.

Al mismo tiempo hizo una seña á Margarita, quien aproximó dos vasos de cerveza en una bandeja, pero la vieja señora no tenía ya sed, y rechazó los vasos y la bandeja tan bruscamente, que la señorita Margarita, la cual parecía tener algunos privilegios en la casa, se dió por ofendida.

— ¡ Vamos, vamos ! dijo la condesa mirando á maese Flageot por debajo de sus anteojos. Expliquémonos un poco, si tenéis á bien.

— Con mucho gusto, dijo maese Flageot. Quédese usted, Margarita, pues esta señora tal vez consentirá en beber dentro de un momento. Expliquémonos.

— Sí, expliquémonos, si lo tenéis á bien, porque hoy estáis incomprensible, querido señor Flageot. Os aseguro que cualquiera diría que los calores os han trastornado la cabeza.

— No os irritéis, señora, dijo el abogado haciendo girar su sillón sobre los dos pies traseros, para alejarse de la condesa, no os irritéis, y hablemos.

— Sí, hablemos. Decís, señor Flageot, que no tenéis ninguna hija.

— No, señora, y lo siento en el alma, puesto que al parecer os sería eso muy grato, aunque.....

— Aunque, repitió la condesa.

— Aunque, por mi parte, preferiría un varón, porque los varones hacen mejor carrera, ó más bien se tuercen menos en estos tiempos.

Madama de Bearn juntó las dos manos con profunda inquietud.

— ¡ Cómo ! dijo. ¿ No me habéis llamado á París por una hermana, una sobrina, una prima cualquiera ?

— Jamás lo he pensado, señora, sabiendo como sé lo muy dispendiosa que es la estancia en París.

- ¿Pero mi pleito ?
- Me reservo teneros al corriente cuando se señale para la vista, señora.
- ¿Cómo cuando se señale para la vista ?
- Sí.
- ¿Pues no lo está ya ?
- No, que yo sepa, señora.
- ¿No está señalado para la vista mi pleito ?
- No.
- ¿Y no se trata de señalarlo de un momento á otro ?
- ¡No, señora ! ¡ Dios mío ! no.
- ¡Entonces, exclamó la vieja señora levantándose, me han engañado, se han burlado de mí !
- Maese Flageot izó su peluca á lo alto de su frente diciendo entre dientes :
- Mucho lo temo, señora.
- ¡ Maese Flageot ! exclamó la condesa.
- El abogado dió un brinco haciendo una seña á Margarita, la cual se dispuso á sostener á su amo.
- Maese Flageot, continuó la condesa, yo no puedo tolerar esta humillación, y voy á dirigirme al subdelegado de policía para que busquen á la cotorrera que me ha hecho este insulto.
- ¡ Puf ! hizo maese Flageot ; ¡ es bien expuesto !
- Y así que la hallen, continuó la condesa arrebatada de cólera, presentaré una queja contra ella.
- ¡ Otro pleito más ! dijo tristemente el abogado.
- Estas palabras hicieron caer á la pleitista de lo alto de su furor ; la caída fué pesada.
- ¡ Ay ! exclamó ; llegaba yo tan dichosa !
- Pero ¿ qué es lo que os ha dicho esa mujer, señora ?
- Primeramente, que iba de parte vuestra.
- ¡ Terrible intrigante !

- Y de vuestra parte, me anunciaba que estaba señalado mi pleito para la vista ; que ésta era inminente ; que á no darme mucha prisa, me exponía á llegar demasiado tarde.
- ¡ Ay ! repitió maese Flageot á su vez. Aun estamos muy lejos de eso, señora.
- Estamos olvidados, ¿ no es verdad ?
- Olvidados, sepultados, enterrados, señora ; y á no obrarse un milagro, y ya sabéis, señora, que los milagros son raros....
- ¡ Oh, sí ! murmuró la condesa dando un suspiro.
- Maese Flageot respondió con otro suspiro modulado por el de la condesa.
- Mirad, señor Flageot, continuó madama de Bearn, ¿ queréis que os diga una cosa ?
- Decid, señora.
- No podré sobrevivir.
- ¡ Oh ! en cuanto é eso haríais una tontería.
- ¡ Dios mío, Dios mío ! exclamó la pobre condesa. ¡ Están agotadas mis fuerzas !
- ¡ Animo, señora, ánimo ! dijo Flageot.
- ¿ Pero no tenéis un consejo que darme ?
- ¡ Oh, sí ! el de volveros á vuestras tierras, y no creer en adelante á los que se presenten de mi parte sin una esquelita mía.
- Muy preciso será que me vuelva á mis tierras.
- Eso será prudente.
- ¡ Pero, creedme, señor Flageot, dijo la condesa gimiendo, no nos volveremos á ver, á lo menos en este mundo !
- ¡ Qué maldad !
- Pero ¡ debo tener enemigos muy crueles !
- Es una fechoría de los Saluces, estoy seguro de ello.
- En todo caso, la fechoría es bien mezquina.

— Sí lo es, y mucho, respondió maese Flageot.
— ¡Eh! ¡la justicia, la justicia, mi querido señor Flageot, es la cueva de Caco! exclamó la condesa.

— ¿Por qué? dijo el abogado. ¡Porque la justicia no es la misma, porque trabajan el Parlamento! ¡porque el señor de Maupeou ha querido ser canciller en lugar de seguir con la presidencia!

— Señor Flageot, me parece que en este momento bebería de buena gana.

— ¡Margarita! gritó el abogado.

Volvió á entrar Margarita, pues había salido viendo el giro pacífico que tomaba la conversación.

Volvió á entrar, decimos, con la bandeja y los dos vasos de cerveza que se había llevado. La señora de Bearn bebió lentamente un vaso de cerveza, después de haber honrado á su abogado trincando con él, y luego, después de una triste reverencia y de los adioses más tristes aun, salió á la antesala. Maese Flageot la seguía con la peluca en la mano.

La señora de Bearn se hallaba en el descanso de la escalera y buscaba la cuerda que servía de pasamano, cuando una mano topó con la suya, y una cabeza dió contra su pecho.

Aquella mano y aquella cabeza eran las de un escribiente que subía cuatro á cuatro las empinadas gradas de la escalera.

La vieja condesa, gruñendo y renegando, arregló sus faldas y continuó bajando la escalera, mientras que el escribiente, que había llegado al descanso, empujaba la puerta gritando con la voz franca y jovial de los de la *Basocha* (1).

(1) Basoché era el tribunal que en otro tiempo tenían los escribientes de los procuradores del Parlamento de Paris, para juzgar sus propias cuestiones, y las quejas de los tenderos, etc., contra alguno de ellos. Los escribientes elegían un jefe con el título de rey de la *Basoché*.

— ¡Tenga usted, maese Flageot, tenga usted! ¡Por el pleito Bearn!

Y le alargó un papel.

Al oír este nombre, subir, empujar al escribiente, arrojarle á maese Flageot, arrancarle el papel, bloquear al abogado en su gabinete, fué obra que hizo la condesa antes que el escribiente hubiese recibido dos bofetones que Margarita le aplicaba ó fingía aplicarle en respuesta á dos besos.

— ¡Y bien! exclamó la vieja dama; ¿qué es lo que dice esta esquela, maese Flageot?

— A fe mía que no sé nada aún, señora condesa; pero si tenéis la bondad de devolvérmela, os lo podré decir.

— Verdad es, mi buen señor Flageot; leed, leed pronto.

El abogado miró la firma de la esquela.

— Es de nuestro procurador maese Guildou, dijo.

— ¡Ah, Dios mío!

— Quien me invita, continuó maese Flageot con una estupefacción creciente, á que me disponga para defender el martes, porque está señalado para la vista nuestro pleito.

— ¡Señalado! exclamó la condesa dando un brinco, ¡señalado! ¡Ah! ¡cuidado con las burlas esta vez, maese Flageot, porque no me levantaría del golpe!

— Señora, dijo maese Flageot enteramente aturdido con la noticia, si alguno se burla, sólo puede ser maese Guildou, y sería la primera vez de su vida que lo hiciese.

— ¿Pero estáis seguro que es de él la esquela?

— Ha firmado Guildou; ved.

— ¡Es verdad! señalado esta mañana, defendido el martes. ¡Ah! maese Flageot, parece que no era una

intrigante la señora que ha estado á visitarme, ¿ no es verdad ?

— Parece que no.

— Pero supuesto que no iba enviada por vos. ¿ Estáis bien seguro de que no iba enviada por vos ?

— ¡ Pardiez ! ¿ pues no he de estar seguro ?

— Entonces, ¿ quién la había enviado ?

— Sí, ¿ quién ?

— Porque al cabo alguien la había enviado.

— Yo me pierdo en conjeturas.

— Y yo en el deleite. ¡ Ah ! dejadme reirme aun, mi querido señor Flageot. ¡ Señalado para la vista ! ¡ defendido !... Así está escrito : ¡ defendido ante el señor presidente Maupeou !

— ¡ Diablo ! ¿ dice eso la esquila ?

— Sin duda.

— ¡ Mucho lo siento !

— ¿ Y por qué ?

— Porque el presidente Maupeou es amigo íntimo de los Saluces.

— ¿ Lo sabéis ?

— Como que no sale de su casa.

— ¡ Bueno ! ya estamos más embarazados que nunca. ¡ Tengo desgracia !

— Y á pesar de eso, dijo maese Flageot, no hay remedio, es preciso ir á visitarle.

— Pero me recibirá espantosamente.

— Es probable.

— ¡ Ah, maese Flageot, qué cosas me decís !

— La verdad, señora.

— ¡ Cómo ! ¿ no solamente perdéis el ánimo, sino que queréis quitarme el que me quedaba !

— Ante el señor de Maupeou nada bueno podéis esperar.

— ¡ Hasta ese punto raya vuestra debilidad, siendo un Cicerón !

— Cicerón habría perdido la causa de los Ligarios, si la hubiese defendido ante Verres en lugar de hacerlo ante César, respondió maese Flageot no hallando otra respuesta más modesta con que rechazar el insigne honor que su cliente acababa de hacerle.

— Entonces ¿ me aconsejáis que no vaya á visitarle ?

— Dios me libre, señora, de aconsejaros semejante irregularidad, sólo que os compadezco de la necesidad de esa entrevista.

— Señor Flageot, me estáis hablando como un soldado que piensa abandonar su puesto. Diríase que teméis encargaros del pleito.

— Señora, respondió el abogado, algunos he perdido en mi vida, que no tenían más probabilidad de ganarse que éste.

La condesa dió un suspiro, pero recurriendo á toda su energía :

— Todo lo apuraré, dijo con una especie de dignidad que contrastaba con la fisonomía cómica de aquella conferencia ; no se dirá que, asistiéndome el derecho, he retrocedido ante la cábala. Perderé mi pleito, pero habré mostrado á los prevaricadores la frente de una señora de calidad como ya no hay muchas en la corte del día. ¿ Me dais el brazo, señor Flageot, para acompañarme á casa de vuestro vice-canciller ?

— Señora, respondió maese Flageot, llamando también en su auxilio toda su dignidad, nosotros, los abogados del Parlamento de París, nos hemos jurado no tener ninguna relación fuera de las audiencias con los que han abandonado los Parlamentos en el negocio del señor de Aiguillon. La unión hace la fuerza ; y como el señor de Maupeou no ha hecho más que border en todo ese negocio, como tenemos motivos para

estar quejosos de él, permanecemos en nuestros campos hasta tanto que él haya enarbolado una bandera.

— A lo que veo, muy intempestivamente llega la vista de mi pleito, dijo suspirando la condesa; ¡abogados embrollados con sus jueces, jueces embrollados con sus clientes!... No importa, he de persistir.

— ¡Dios os asista, señora! dijo el abogado, echando la bata sobre su brazo izquierdo, cual un senador romano lo hubiera hecho con su toga.

— ¡Vaya un triste abogado! murmuró por lo bajo madama Bearn. Mucho temo que con él tengo menos probabilidad de ganar el pleito ante el Parlamento, de la que tenía en mi casa ante mi almohada.

Luego, levantando la voz y con una sonrisa con que trataba de disimular su inquietud:

— Adiós, maese Flageot, continuó, os suplico que estudiéis bien los autos, porque nadie sabe lo que puede ocurrir.

— ¡Oh, señora! respondió maese Flageot, no es la defensa la que me embaraza. Creo que ha de ser excelente, tanto más, porque me prometo sembrarla de alusiones terribles.

— ¿Alusiones á qué, señor, á qué?

— Á la corrupción de Jerusalén, señora, que yo compararé á las ciudades malditas y sobre la que llamaré el fuego del cielo. Vos comprendéis, señora, que nadie se equivocará, y que Jerusalén será Versalles.

— ¡Señor Flageot, exclamó la vieja dama, no os comprometáis, ó más bien, no comprometáis mi pleito!

— ¡No penséis en eso, señora, que con el señor de Maupeou demasiado perdido está ya vuestro pleito! ¡Ahora no se trata más que de ganarlo ante nuestros contemporáneos, y ya que no nos hacen justicia, hagamos nosotros escándalo!

— Señor Flageot...

— ¡Señora, seamos filósofos... tronemos!

— ¡El diablo te atruene á ti, dijo entre dientes la condesa, pícaro abogado, que no ves en todo eso más que un medio de encapillarte tus arameles filosóficos! Vámonos á ver al señor de Maupeou, que no es filósofo, y acaso sacaré de él mejor partido que de ti.

Y la vieja condesa dejó á maese Flageot, y se alejó de la calle del Pequeño-León-San-Salvador después de haber recorrido en dos días todas las gradas de la escala de las esperanzas y de las ilusiones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTEZUM, MEXICO